Entre tazas de cafÃ© y papeles revueltos

by LadyEluney

Category: How to Train Your Dragon
Genre: Drama, Romance
Language: Spanish
Characters: Astrid, Hiccup
Pairings: Hiccup/Astrid
Status: Completed
Published: 2014-11-06 18:28:26
Updated: 2014-11-06 18:28:26
Packaged: 2016-04-27 05:43:42
Rating: T
Chapters: 1
Words: 4,932
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: Entrar en ese lugar fue casualidad. Pero fue una bonita casualidad, de esas que se alargan en el tiempo y agradeces al pasar los aÃ±os. [Fic participante del reto #1 "Sin DiÃ¡logos" de la pÃ¡gina de Facebook "Viviendo en Berk"]

Entre tazas de cafÃ© y papeles revueltos

How to Train Your Dragon fue escrito por Cressida Cowell y DreamWorks adquiriÃ³ los derechos para la versiÃ³n cinematogrÃ¡fica de los libros. Y como no soy Cressida Cowell ni DreamWorks, podemos llegar a la conclusiÃ³n de que esto no es mÃ-o, a excepciÃ³n de la trama.

Es mi primer reto y lo entendÃ- de esta manera (espero que estÃ© bien). AsÃ- que espero sus crÃ-ticas.

* * *

><p>Entre tazas de cafÃ© y papeles revueltos
**

El viento otoÃ±al era fuerte, le revolvÃ-a el cabello y hacÃ-a que su ancha bufanda blanca volara hacia atrÃ¡s, dando la imagen de finas alas moviÃ©ndose al viento. Las hojas de los Ã¡rboles iban en todas las direcciones posibles, formando remolinos en el aire. Las nubes, oscuras y pesadas, comenzaban a agruparse, avisando de una posible tormenta. El bus no pasarÃ-a nunca y todos los taxis estaban ocupados. Maldijo en voz baja. FÃ¡cilmente tenÃ-a cuarenta minutos de luz solar, a menos que la tormenta opacara todo.

Hipo siguiÃ³ caminando. SÃ³lo querÃ-a llegar a su casa, beber algo caliente e irse a dormir. El dÃ-a fue agotador y el frÃ-o que se colaba en su chaqueta con ganas de arrancarles los botones no ayudaba en nada. Una luz brillante y blanca alumbrÃ³ el cielo. ComenzÃ³ a contar los segundos. El sonido del trueno llegÃ³ en el segundo

veintitrÃ©s.

Un nuevo relÃ¡mpago iluminÃ³ la tarde oscurecida. Esta vez, los segundos que separaron el relÃ¡mpago del trueno fueron menos, quince, para ser exactos. Eso significaba que la tormenta se acercaba y Ã©l no llegarÃ-a seco a su hogar.

Temiendo por sus notas, las envolviÃ³ en su pecho, cubriÃ©ndolas con la chaqueta, evitando que la fina llovizna que comenzÃ³ las arruinara.

ApurÃ³ el paso y se acomodÃ³ la mochila en su espalda. Las gotas eran cada vez mÃ¡s grandes y caÃ-an en mayor cantidad. Un relÃ¡mpago, un segundo, un trueno. La tormenta estaba sobre Ã©l, y en cualquier momento el cielo crujirÃ-a aÃºn mÃ¡s fuerte para dar lugar a una pesada lluvia.

No se equivocÃ³. Un par de minutos despuÃ©s, lo que pensÃ³ se cumpliÃ³.

A unos metros de Ã©l vio un toldo de un cafÃ© y se resguardÃ³ allÃ-abajo, protegiendo sagradamente sus papeles.

Una joven con un delantal puesto saliÃ³ del cafÃ©, acompaÃ±ada por el olor de la bebida, pasÃ³ a su lado y recogiÃ³ los pizarrones con las ofertas del dÃ-a, cuya tiza habÃ-a comenzado a borrarse a causa del agua.

Luego de unos minutos parado bajo el pequeÃ±o techo, se convenciÃ³ de que la lluvia se demorarÃ-a en amainar. Se apoyÃ³ contra el alfÃ©izar del ventanal del cafÃ© y suspirÃ³ pesadamente. Si tan sÃ³lo su telÃ©fono no se hubiese quedado sin baterÃ-a, podrÃ-a haber llamado a alguno de sus amigos o a BocÃ³n y estarÃ-a de viaje en el auto de alguno de ellos.

El olor cafÃ© le inundÃ³ la nariz cuando un cliente saliÃ³ de allÃ-. AspirÃ³ profundamente el delicioso aroma y su estÃ³mago gruÃ±Ã³, deseando algo con lo que llenarse. Ese dÃ-a, Hipo sÃ³lo habÃ-a desayunado y habÃ-a comido unas galletas al mediodÃ-a, era comprensible el hambre.

SacÃ³ la billetera y se fijÃ³ si el dinero que tenÃ-a le alcanzaba para algo. Con una sonrisa, guardo el dinero y entrÃ³ al local. Su estÃ³mago se lo agradecerÃ-a.

Se sentÃ³ en una mesa para dos, ya que no habÃ-a mesa individual, y esperÃ³ a que alguien se acercara. Mientras, se dedicÃ³ a observar el lugar. Era poco ostentoso y acogedor, con un decorado bastante particular â€“cascos, hachas y tapicerÃ-a de estilo vikingo, dirÃ-a Ã©lâ€“, mesas cuadradas de madera con manteles color vino. La iluminaciÃ³n era perfecta para lo que Ã©l pensaba hacer. HabÃ-a tres personas mÃ¡s ademÃ¡s de Ã©l.

Una chica rubia con delantal le llamÃ³ la atenciÃ³n al distraÃ-do Hipo al preguntarle quÃ© querÃ-a que le sirviera. Se sonrojÃ³, al verse descubierto en otro mundo, y su color rojo aumentÃ³ al ver que la chica que tenÃ-a frente a Ã©l era hermosa. Con balbuceos le respondiÃ³ que querÃ-a un cafÃ© con leche grande y una porciÃ³n de tarta, la que sea. La joven se dio la vuelta y el inmediatamente sacÃ³ sus papeles y sus carbones.

ContinuÃ³ con su dibujo de un dragÃ³n negro de ojos verdes â€“inspirado en el gato que tuvo cuando niÃ±oâ€“ y se olvidÃ³ del lugar en el que estaba. VolviÃ³ a despertar cuando la misma chica le trajo el cafÃ©.

La chica rubia mirÃ³ el dibujo y sonriÃ³. Pensando que se burlaba, un sonrojado Hipo rÃ¡pidamente tapÃ³ el dibujo con sus manos y le agradeciÃ³ con balbuceos, anonadado con la belleza de la chica.

Estaba tan concentrado en el dibujo y las los distintos perfiles del dragÃ³n que cuando se dio cuenta habÃ-a pasado una hora y media, y la lluvia habÃ-a cesado. RÃ¡pidamente pidiÃ³ la cuenta. La misma chica que lo atendiÃ³ le dejÃ³ un papel con el precio mientras el guardaba sus cosas. Hipo tomÃ³ el papel y comenzÃ³ a sacar el dinero. Algo en el papel le llamÃ³ la atenciÃ³n, en el reverso estaba escrito Â«Bonito dibujoÂ».

Hipo, como por acto reflejo, mirÃ³ a la chica que lo atendiÃ³ y ella inmediatamente le sonriÃ³ ampliamente desde el mostrador. Ã‰l se sonrojÃ³ inmediatamente.

Se retirÃ³, seguro de que con lluvia o sin ella, volverÃ-a a ese lugar.

* * *

><p>Entrar en ese cafÃ© fue casualidad. Todo fue pura casualidad. Pero fue una bonita casualidad, de esas que se alargan en el tiempo y agradeces al pasar los aÃ±os.<p>

Hipo comenzÃ³ a ir al cafÃ© una o dos veces por semana, siempre sentÃ¡ndose en el mismo lugar, atendido siempre por la misma chica y pidiendo casi siempre lo mismo. Sus visitas en el cafÃ© se hicieron cada vez mÃ¡s recurrentes, sus charlas con la bonita chica de permanente trenza rubia se extendieron y dejaron de ser sÃ³lo un Â«Hola, Â¿quÃ© tal?Â», y en sus ratos libres ella se sentaba frente a Ã©l y compartÃ-an una amena charla. Hipo conociÃ³ el nombre de la chica; Astrid.

Astrid, divina, celestial; justo como ella.

Aproximadamente un aÃ±o despuÃ©s de su primer encuentro, Hipo le habÃ-a contado que trabajada en ingenierÃ-a militar, no le gustaba y que el dibujo era una de sus pasiones. Astrid le comentÃ³ que practicaba Krav MagÃ¡, presumiendo ser muy buena en eso, y que pronto terminarÃ-a sus estudios en Historia.

En una de sus visitas diarias, Astrid le contÃ³ que comenzarÃ-a a trabajar los viernes en la noche, sirviendo bebidas. Le comentÃ³ que ese horario serÃ-a para las personas que salen de la oficina y sÃ³lo quieren relajarse.

Luego de unas semanas, Hipo fue un viernes en la noche junto a sus amigos. Ã‰stos lo avergonzaron embriagÃ¡ndose, hablando en voz alta y diciendo obscenidades a las camareras, principalmente su primo PatÃ¡n a Astrid. Hipo se disculpÃ³ con Astrid por ellos y jurÃ³ que no volverÃ-a a ir con ellos.

El chico iba los viernes a la tarde se sentaba en su mesa de siempre, tomaba un cafÃ©, y luego a la noche se sentaba en la barra, pedÃ-a alguna bebida alcohÃ³lica ligera y hablaba con Astrid en los ratos que ella tenÃ-a libre entre cliente y cliente, mientras Ã©l dibujaba o escribÃ-a. Ã‰l le contÃ³ en quiÃ©n estaba basado el dibujo del dragÃ³n negro luego de tanta insistencia. Ella le comentÃ³ de su cotorra de plumaje azul y amarillo llamada TormÃ©ntula. Sin pensarlo, Hipo anunciÃ³ emocionado que ese serÃ-a un buen nombre para uno de los dragones de su libro. AsÃ- fue como su libro secreto dejÃ³ de serlo.

Luego de unos meses, Astrid vio el borrador del libro y animÃ³ a Hipo a publicarlo, pero Ã©l argumentÃ³ que era como los dibujos, sÃ³lo un pasatiempo.

Los meses siguieron pasando, los clientes iban y algunos volvÃ-an, pero Hipo siempre estaba allÃ-, hablando junto a Astrid, haciendo dibujos cada vez mÃ¡s coloridos, con una gran variedad de dragones, mientras las pÃ¡ginas de su libro comenzaron a ocuparle demasiado espacio fÃ-sico.

Un sÃ¡bado decidiÃ³ que comenzarÃ-a a pasar los escritos a un archivo en su computadora. Astrid lo ayudÃ³ con algunas pÃ¡ginas. Lentamente, Hipo escribÃ-a en su computadora, borraba, volvÃ-a a escribir hasta que estaba satisfecho.

El traspaso demorÃ³ unos cuantos meses. Mientras, Hipo seguÃ-a yendo al cafÃ© y sÃ³lo podÃ-a dibujar a Astrid, no se concentraba en otra cosa. Amaba sus ojos celestes, enmarcadas en esas largas pestaÃ±as. SentÃ-a que podÃ-an ver a travÃ©s de Ã©l y calmar su ansiedad y sus temores con una mirada. Le gustaba todo de ella: sus mejillas redondas, sus labios naturalmente rosados, las pecas amontonadas en su nariz y la forma en la cual siempre acomodaba su cabello en una trenza. Le encantaba su voz y el cambio que tenÃ-a segÃºn la situaciÃ³n: era un poco gruesa y ronca cuando algÃºn cliente se propasaba con ella o con su compaÃ±era Heather; monÃ³tona pero cantarina cuando atendÃ-a a alguien; despreocupada cuando estaba con Ã©l, suave con tonos de rebeldÃ-a cuando no habÃ-a casi nadie y se ponÃ-an a chismear con Heather y Dagur, los otros meseros.

Una tarde de verano, en las vacaciones, estaba por entrar al cafÃ©. A la hora de siempre, con los escritos en las manos y entremedio de ellos, dibujos de ella, algo que Astrid jamÃ¡s deberÃ-a ver.

Ella lo vio a travÃ©s del ventanal y lo saludÃ³. El devolviÃ³ el saludo con una sonrisa.

TomÃ³ el pomo para abrir la puerta y los papeles se le cayeron. Se apurÃ³ a juntarlos.

Los mirÃ³ con detenimiento, le quedaba escribir un poco mÃ¡s y ya lo terminarÃ-a, Â¿y luego guÃ©? VolviÃ³ a mirar a Astrid a travÃ©s de la puerta de cristal. QuizÃ¡s ella tenÃ-a razÃ³n.

Con el abrasador sol se fue corriendo a su casa, guardando los papeles en su mochila mientras cruzaba la calle a toda prisa.

Cuando levantÃ³ la vista vio a unos pocos metros un auto rojo que lo chocÃ³, lo hizo volar por los aires y golpearse la cabeza.

Todo se volviÃ³ negro.

* * *

><p>Cuando despertÃ³, lo primero que sintiÃ³ fue un fuerte dolor en la parte posterior de su cabeza y dolores mÃ¡s leves en todo el cuerpo. Lentamente comenzÃ³ a abrir los ojos. Inmediatamente, el olor a medicina y desinfectante comenzÃ³ a rodearlo. AbriÃ³ los ojos y su vista estaba nublada y la mente borrosa. DistinguiÃ³ entre la niebla mental y visual la enorme figura de su padre, Estoico, quien le contÃ³ lo que habÃ-a pasado. Estaban en el hospital y Ã©l estuvo tres semanas dormido, en coma. Hipo no lo pudo creer. Se quedaron hablando un buen rato sobre lo que habÃ-a pasado en esas tres semanas y Estoico lo sermoneÃ³ sobre lo irresponsable que fue Hipo al cruzar la calle sin mirar.<p>

Su padre, aÃºn emocionado por el reciente acontecimiento, fue a hablar con el doctor y avisar que Hipo habÃ-a despertado.

Mientras Estoico estaba con el doctor, Ã©l se sintiÃ³ con fuerzas suficientes para levantarse e ir al baÃ±o, asÃ- que se sentÃ³ en la cama. Su pie derecho tocÃ³ el frÃ-o piso, pero el izquierdo no. Pensando que la cama estaba inclinada, estirÃ³ ligeramente la pierna izquierda, pero nada sucediÃ³. MirÃ³ el piso para asegurarse de que sus pies tocaran el suelo e inmediatamente el llanto se le quedÃ³ atascado en la garganta, como una gran pelota.

Una venda cubrÃ-a un muÃ±Ã³n que estaba a la mitad de su pantorrilla. HabÃ-a perdido su pie izquierdo.

Su vida dio un repentino quiebre. Estaba roto, ya no servÃ-a. Su vida se habÃ-a acabado.

Los ojos le escocÃ-an por aguantarse las lÃ¡grimas, que de todas maneras y sin su consentimiento comenzaron a salir.

En ese momento entrÃ³ su padre junto al doctor. Hipo se limpiÃ³ rÃ¡pidamente las lÃ¡grimas, pero de nada sirviÃ³. Su padre lo abrazÃ³ y el doctor le dijo que el equipo mÃ©dico hizo todo lo posible por recuperar su extremidad perdida, pero que la quemadura habÃ-a llegado hasta el hueso, haciÃ©ndolo irrecuperable y propenso a las infecciones.

Hipo llorÃ³ sin hacer ruido alguno y le comunicÃ³ al doctor que no querÃ-a saber los detalles del accidente; al menos no en ese momento.

Su madre entrÃ³ a la habitaciÃ³n, al verlo despierto corriÃ³ a abrazarlo. PasÃ³ mucho tiempo desde la Ãºltima vez que se habÃ-an visto, ya que ella viajaba mucho por asuntos laborales.

Lloraron juntos.

Luego de unos minutos, cuando ambos se calmaron, Estoico le entregÃ³ a Hipo la mochila que tenÃ-a en el dÃ-a del accidente. Hipo mirÃ³ su contenido y automÃ¡ticamente pensÃ³ en Astrid. Se preguntÃ³ si ella pensaba en Ã©l como Ã©l lo hacÃ-a con ella.

Cuando estuvo solo en la habitaciÃ³n, sacÃ³ las hojas del libro. AÃºn tenÃ-a que terminarlo, pero se prometiÃ³ a sÃ- mismo que en el primer

instante que pisase el suelo fuera del hospital, comenzarÃ-a con la bÃºsqueda de un agente literario o una editorial, y no descansarÃ-a hasta lograr la publicaciÃ³n. No se dejarÃ-a vencer por este pequeÃ±o percance.

QuizÃ¡s asÃ- lograrÃ-a hacer de su pasiÃ³n una profesiÃ³n, como le dijo Astrid cuando Ã©l se negÃ³ a publicarlo cuando ella lo sugerÃ-a.

Estuvo internado dos semanas mÃ¡s y con tratamiento de rehabilitaciÃ³n para acostumbrarse a caminar con la prÃ³tesis.

Luego de su casa, al primer lugar a donde se dirigiÃ³ fue el cafÃ©, en el mismo horario de siempre.

Se parÃ³ frente al ventanal y mirÃ³ hacia adentro. Astrid lo vio y sonriÃ³ ampliamente.

Hipo entrÃ³.

En el momento en el que Astrid vio la prÃ³tesis, su sonrisa desapareciÃ³, su cara se desfigurÃ³ y sorprendida se llevÃ³ a la cara ambas manos, tapÃ¡ndose la boca abierta, como gesto de sorpresa y preocupaciÃ³n. Medante gestos le pidiÃ³ a Heather que la cubriera, tomÃ³ la mano de Hipo y lo llevÃ³ hacia un lugar apartado y luego al baÃ±o de empleados. TrabÃ³ la puerta y se asegurÃ³ de que quedaran solos. Repentinamente ella lo abrazÃ³ con fuerza y murmurÃ³ un suave _te extraÃ±Ã©_.

Hipo estaba como de piedra. El abrazo lo tomÃ³ por sorpresa pero respondiÃ³, probando la pequeÃ±a cintura, sintiendo como el dorado flequillo de la chica le hacÃ-a cosquillas en el cuello, absorbiendo el aroma a jazmines de su cabello, disfrutÃ³ la fragancia a maderas de su perfume, ambos mezclados con un ligero olor a cafÃ©. Hipo y Astrid disfrutaron del cÃ¡lido abrazo. Las lÃ¡grimas de Hipo comenzaron a salir sin que Ã©l les diera permiso y Astrid lo acompaÃ±Ã³, sintiendo su dolor. El no necesitaba palabras de aliento, como las que sus amigos intentaron darle. Le dieron Ã¡nimo, por supuesto, y Ã©l estaba agradecido, pero Ã©l necesitaba acciones, no palabras.

Necesitaba eso. Necesitaba a Astrid. Estaba roto, y ella lo notÃ³ en su mirada.

Cuando ambos se calmaron, salieron del baÃ±o de empleados e hicieron como si nada hubiese pasado, aunque ese pequeÃ±o momento Ã-ntimo quedarÃ-a grabado en la memoria de ambos.

* * *

><p>Astrid ya habÃ-a terminado sus estudios en Historia y aÃºn buscaba trabajo como profesora, pero aÃºn trabajaba en el cafÃ© como soporte.<p>

Hipo sufrÃ-a de extraÃ±as sensaciones en su pierna perdida, a veces le picaba y en ocasiones despertaba a la noche con un profundo dolor en el lugar donde no habÃ-a nada.

Dejando de lado ese inconveniente, Ã©l reincorporÃ³ a su trabajo, pero eso no detuvo la bÃºsqueda de la editorial ni las visitas a

Astrid, con quien se habÃ-a vuelto mÃ¡s Ã-ntimo â€“si es que se podÃ-aâ€“ luego del abrazo. SalÃ-an cada vez mÃ¡s seguido, aunque sÃ³lo como amigos. Se mandaban mensajes de texto para pasar el rato y a la noche continuaban hablando de trivialidades por Facebook hasta altas horas.

Luego de meses buscando una editorial que aceptara su libro, la historia de Hipo fue aceptada por una pequeÃ±a editorial que ayudaba a escritores emergentes, la cual era una filial de una gran empresa. Aunque estaba feliz con la noticia, no se la quiso comentar a nadie, ya que querÃ-a que sea una sorpresa.

Otros tantos meses mÃ¡s de ansiedad y espera, recibiÃ³ los primeros cinco libros impresos junto con una carta de la editorial. SacÃ³ uno y lo mirÃ³. Sus palabras, sus dibujos, su logro y su orgullo. Estaba feliz, un pequeÃ±o sueÃ±o se le estaba cumpliendo. Y todo gracias a Astrid, quien lo animÃ³ a hacerlo. SonriÃ³ ampliamente y sus ojos brillaron de felicidad.

AbriÃ³ la carta. DecÃ-a que la campaÃ±a de comercializaciÃ³n comenzarÃ-a en una semana, el libro se publicarÃ-a en tres meses, y que, si surgÃ-a, debÃ-a realizar alguna entrevista en algÃºn medio para ayudar a la promociÃ³n y venta del libro.

Se puso nervioso. HabÃ-a olvidado el marketing. Â¿CÃ³mo ocultarÃ-a eso a sus padres, amigos y a Astrid? Â¿CÃ³mo les darÃ-a la sorpresa que Ã©l tenÃ-a pensada? Se dio una bofetada mental por haberlo olvidado. Â¿En serio era tan idiota?

RÃ¡pidamente, envolviÃ³ tres copias en papel de regalo.

Les llevÃ³ una a sus padres, quienes estaban muy contentos por el logro individual de su hijo y a la vez sorprendidos, ya que ninguno de los dos sabÃ-a que habÃ-a estado escribiendo un libro.

Le dio una a BocÃ³n, quien tuvo la misma reacciÃ³n que sus padres, aunque le comentÃ³ que siempre sospechÃ³ que ocultaba algo, aunque nunca pensÃ³ que serÃ-a un libro.

A los tres les pidiÃ³ el favor de que no lo leyeran, o que si lo hacÃ-an, no se lo comentaran a nadie, ni entre ellos, ni a Ã©l mismo.

A la tercera copia se la entregÃ³ a Astrid. Ella lo abrazÃ³ y lo felicitÃ³ con mucho entusiasmo. Antes de que lo abriera, Hipo le pidiÃ³ que no lo haga, no hasta que Ã©l se lo diga. Ella aceptÃ³, aunque un poco dudosa.

Los dÃ-as pasaban e Hipo notaba que Astrid se morÃ-a por preguntarle por quÃ© no podÃ-a leer el libro, pero no lo hacÃ-a por respeto. Hipo apreciaba eso.

Los ansiados tres meses pasaron, Hipo le dio permiso a Astrid para leer el libro, el cual fue un Ã©xito inmediato.

Hipo notÃ³ que Astrid estaba distinta. Siempre tenÃ-a las mejillas coloradas, como si tuviera fiebre y desviaba la mirada cada vez que Ã©l la atrapaba mirÃ¡ndolo, algo que antes no hacÃ-a.

A las pocas semanas Hipo daba entrevistas en programas de

televisiÃ³n, su cara aparecÃ-a en portales web, y las revistas especializadas le daban buenas crÃ-ticas.

Hipo casi tocaba el cielo con las manos, sÃ³lo le faltaba una pequeÃ±a cosa.

A pedido del pÃºblico se armÃ³ un evento en donde Ã©l leerÃ-a unos capÃ-tulos y firmarÃ-a los libros. Hipo estaba muy entusiasmado con la idea, y la editorial estaba contenta con el dinero que Hipo les hizo ganar.

El evento se realizÃ³ un dÃ-a miÃ©rcoles en una biblioteca pÃºblica, la cual tenÃ-a un salÃ³n preparado para esas ocasiones.

Todo fue un sueÃ±o para Hipo, la sonrisa de felicidad plasmada en su cara no se iba ni siquiera con el cansancio que tenÃ-a.

Esa noche, Astrid lo esperÃ³ afuera. Estaba hermosa, con un ligero maquillaje; su falda tableada azul, la favorita de Astrid â€“y por la forma en que mostraba las piernas tambiÃ©n era la favorita de Hipoâ€“; su ajustada camisa color marrÃ³n â€“que tambiÃ©n podrÃ-a entrar entre la ropa de Astrid preferida por Hipoâ€“ todo cubierto por el largo saco blanco con detalles de piel sintÃ©tica en el cuello.

La chica lo invitÃ³ a celebrar en su departamento.

Fueron en taxi y se prepararon para ver una pelÃ-cula mientras comÃ-an comida china comprada en el restaurante de la esquina y bebÃ-an el mejor vino blanco que Astrid pudo comprar, que no era muy bueno. Hipo estaba tan cansado que termino su comida y a los cinco minutos se durmiÃ³.

DespertÃ³ a la maÃ±ana siguiente acostado en el sofÃ¡, cubierto con una manta y una almohada debajo de su cabeza. Se levantÃ³ y buscÃ³ la cocina. Astrid lo recibiÃ³ con una taza de chocolate caliente. Hipo le pidiÃ³ disculpas por haberse quedado dormido, ella respondiÃ³ que no importaba.

Apenas terminaron la taza, se prepararon para cada uno ir al trabajo. Astrid le comentÃ³, antes de separarse, que ese sÃ¡bado habrÃ-a una fiesta para Ã©l en el cafÃ©-bar, como regalo por el Ã©xito de su libro y por ser un cliente recurrente, casi una persona mÃ¡s de los que allÃ- trabajaban.

Cerraron el cafÃ© una hora antes para organizar todo. En la fiesta estaba su familia, su padrino, BocÃ³n, y sus amigos, ademÃ¡s de los trabajadores del cafÃ©. Lo recibieron con aplausos y una pancarta con las letras _Felicidades, Hipo_ escritas con muchos colores y detalles. Algunos globos un poco desinflados colgaban de las paredes, mÃºsica de todo tipo se escuchaba por los parlantes, en las mesas habÃ-a pasteles y demÃ¡s cosas dulces, mientras que en la barra de bebidas se podÃ-a ingerir cualquier bebida o hacer el tipo de mezcla que se desease â€“Brutacio hizo una mezcla de cafÃ© con licor de menta, cosa que causÃ³ repulsiÃ³n en todosâ€“.

Todos la pasaban muy bien, especialmente Hipo, quien estaba feliz de recibir semejante gesto por parte de sus amigos, olvidando por momentos el dolor en su miembro perdido que la humedad de esos dÃ-as le procaba.

Al finalizar, algunos estaban mÃ¡s ebrios que otros, otros, se habÃ-an dedicado a ingerir mÃ¡s comida. Hipo los mirÃ³ y sonriÃ³. Realmente los apreciaba a todos. Vio a Astrid acercarse a Ã©l con las mejillas encendidas.

Con timidez, Astrid lo invitÃ³ a tomar un helado. Hipo dudÃ³. Â¿AdÃ³nde iban a tomar un helado a las tres de la madrugada? AceptÃ³, aunque no muy convencido.

Como si le leyera la mente, Astrid le contÃ³ que existÃ-a un 24hs y que allÃ- vendÃ-an un helado exquisito. Fueron los Ãºltimos en salir, junto a los padres de Hipo, pues a Astrid le tocaba cerrar el lugar. Ambos jÃ³venes se despidieron de los adultos, quienes los miraron con suspicacia y picardÃ-a.

Compraron unas enormes paletas de helado y un pote grande para comer entre los dos cuando llegaran a la casa de Astrid.

Iban caminando tranquilos por las calles, pues era tarde y solo estaban ellos. Hipo llevaba la bolsa con el helado en una mano y con la otra comÃ-a de paleta de helado de chocolate, mientras Astrid hacia lo mismo con la suya de sabor frutilla cubierta de chocolate.

El dolor en el miembro fantasma aÃºn persistÃ-a haciendo que una punzada de dolor mÃ¡s lo hiciera trastabillar hasta casi caer. Se sostuvo como pudo de Astrid, quien, preocupada, le preguntÃ³ si estaba bien. Ã‰l argumentÃ³ que sÃ³lo habÃ-a sido una piedra. Dio unos pasos mÃ¡s y el dolor volviÃ³, pero mÃ¡s intenso. Luego de unos pasos mÃ¡s de seguidos de gemidos de dolor, Astrid exigiÃ³ una explicaciÃ³n. Hipo decidiÃ³ contarle la verdad mientras respiraba agitadamente apoyado en la pared de una casa.

Astrid le reprochÃ³ el haber sido tan idiota, pero caminaron el par de cuadras que quedaban casi abrazados, Hipo tratando de no apoyar todo su peso en el la joven rubia, mientras ella lo ayudaba a caminar abrazÃ¡ndolo por la cintura, llegando asÃ- a la casa de la chica.

Astrid lo llevÃ³ a si habitaciÃ³n, pidiÃ©ndole calma mientras ella preparaba las cosas para la pelÃ-cula, si es que Ã©l aun tenÃ-a Ã¡nimo.

Hipo se sacÃ³ la prÃ³tesis y comenzÃ³ a masajearse el muÃ±Ã³n apenas Astrid se retirÃ³ de la habitaciÃ³n. El dolor era insoportable, tanto que le dolÃ-a tocarse. Para distraerse del dolor mientras se masajeaba observÃ³ la habitaciÃ³n de Astrid. Se sentÃ-a un lugar cÃ³modo, con las paredes de un color celeste claro, unos dibujos no muy grandes decoraban las paredes, habÃ-a un escritorio con unos papeles, libros, una lÃ¡mpara y una laptop sobre Ã©l. En la pared sobre el escritorio habÃ-a una ventana de persianas y marcos blancos con cortinas blancas. Hipo dedujo que la ventana tenÃ-a vista hacia el poniente, por lo que las tardes de verano debÃ-an ser muy calurosas. La cama estaba en el centro, hacia la derecha habÃ-a un armario grande, un televisor colgando en la pared de enfrente, y pegada a la cama una mesa de noche; sobre Ã©sta habÃ-a una lÃ¡mpara, un reloj despertador, un sobre y un vidrio que protegÃ-a la madera. Eso le llamÃ³ la atenciÃ³n, justo cÃ³mo hacÃ-an sus padres y sus abuelos, Astrid tenÃ-a fotos y papeles debajo del vidrio: habÃ-a

fotos de ella con los que supuso serÃ-an sus padres, ella misma de niÃ±a, con sus compaÃ±eros de trabajoâ€¦ y una con Ã©l, una que se habÃ-an sacado en unos de sus paseos habituales por el parque, cuando Ã©l la buscaba luego del trabajo. Se emocionÃ³ y una sonrisa boba apareciÃ³ en su rostro al sentirse una persona querida por ella como para tener una foto con Ã©l en su mesa de noche

TomÃ³ el sobre para ver lo que habÃ-a debajo de Ã©l y vio su nombre escrito en Ã©l con la bonita y redondeada letra de Astrid. Debajo del sobre habÃ-a un papel, estaba debajo del vidrio como las fotos, pero Ã©ste era un papel escrito. Se acercÃ³ para ver lo que estaba escrito, por mÃ¡s que sintiera que invadÃ-a la privacidad de la chica, la curiosidad fue mayor â€“y algo por lo que Ã©l se caracterizaba era por meterse en problemas por su insistente necesidad de conocer las cosasâ€“.

Era una hoja de su libro, pero era una hoja especial: la de los agradecimientos. Hipo se sonrosÃ³.

Astrid entrÃ³ en ese momento y lo vio con el sobre en la mano. RÃ¡pidamente, Hipo buscÃ³ ocultar el muÃ±Ã³n debajo de su otra pierna, adoptando una postura incÃ³moda. Ella llevaba sus cÃ³modas pantuflas y se habÃ-a deshecho la trenza, dejando las hebras doradas de su cabello en suaves ondas. DejÃ³ sobre el escritorio la caja de la pelÃ-cula, el bowl con las palomitas y las botellas de cerveza. Lentamente se acercÃ³ a la cama con las mejillas arreboladas y le pidiÃ³ que leyera lo que estaba dentro del sobre.

Hipo estaba congelado, no sabÃ-a cÃ³mo reaccionar, se sintiÃ³ atrapado y quiso disculparse, pero lo Ãºnico que saliÃ³ de sus labios fueron balbuceos. Astrid, sentada a su lado en la cama, lo calmÃ³ y le volviÃ³ a repetir la orden.

Hipo, casi con miedo y lleno de nervios, abriÃ³ el sobre y sacÃ³ el papel en su interior. LeyÃ³ cuidadosamente cada palabra no creyendo lo que decÃ-a: _Â«Fue el gesto mÃ¡s hermoso que alguien haya realizado para mÃ-. **TambiÃ©n te amo, Hipo.** â€“Astrid.Â»_

GirÃ³ su rostro para verla. Era hermosa, principalmente en su forma de ser, siempre apoyÃ¡ndolo, buscando una sonrisa en su rostro, animÃ¡ndolo en los malos momentos, corriendo riesgos sÃ³lo por Ã©l. La amaba.

ElevÃ³ lentamente su mano hacia el rostro de Astrid, con su pulgar acariciÃ³ la mejilla de ella. Astrid cerrÃ³ sus ojos y moviÃ³ su cabeza hacia la mano de Hipo, permitiendo la tierna caricia. Con miedo, Hipo le colocÃ³ un mechÃ³n de rubio cabello detrÃ¡s de la oreja mientras ella acercaba su cuerpo y colocaba las manos en el pecho de Hipo. Eternos fueron los segundos, pero para cuando Hipo acariciÃ³ la nuca de ella, ambos estaban a pocos centÃ-metros de distancia. Hipo cerrÃ³ los ojos, pero antes mirÃ³ las sonrosadas mejillas de Astrid y sus labios apenas separados.

Y la besÃ³.

Fue apenas un choque de labios, un roce, una caricia, pero realmente disfrutable, llena de cariÃ±o y amistad.

AsÃ- estuvieron toda la noche, hasta que el hambre los devolviÃ³ al mundo y decidieron ver la pelÃ-cula.

Igualmente, tampoco pudieron estar separados mucho tiempo, ya que cada tanto se volvÃ-an a dar un inocente beso.

A Hipo dejÃ³ de dolerle el muÃ±Ã³n desde el momento en que Astrid, en medio de la pelÃ-cula y al ver el rostro de dolor de Hipo, tomÃ³ un ungÃ¼ento y comenzÃ³ a masajearle mientras reÃ-a del film â€“realmente maloâ€“ que estaban viendo, un masaje relajante que le durÃ³ mucho tiempo.

Al finalizar la pelÃ-cula, ambos estaban cansados, pero felices. Hipo se parÃ³ y le agradeciÃ³ a Astrid por el masaje, las risas y la pelÃ-cula, pero que era hora de irse.

Llegaron a la puerta para despedirse, pero Astrid insistiÃ³ en que se quedara, Hipo se negÃ³ en todas las ocasiones, aunque quisiera, no serÃ-a lo correcto. Ante tanta insistencia de Hipo, Astrid se abalanzÃ³ sobre Ã©l y lo besÃ³, tirando de Ã©l hacia adentro y cerrando la puerta tras suyo.

Hipo decidiÃ³ quedarse. Â¿CÃ³mo negarse luego de semejante invitaciÃ³n? Se tumbaron en el sofÃ¡, abrazados y listos para dormir en una incÃ³moda posiciÃ³n. Comenzaron a besarse, y entre beso y beso Hipo le dijo con susurros llenos de cariÃ±o las palabras que le habÃ-a dedicado en su libro.

_Â«A Astrid, la chica del cafÃ©,
>la que logrÃ³ que esto viera la luz,
la que me acompaÃ±Ã³ cada tarde
>brindÃ¡ndome una taza caliente de Ã¡nimo.
A Astrid, la chica de esos ojos color cielo
>que me hacen volar hacia las nubes,
la que me hizo confesar secretos que jamÃ¡s pensÃ© contar;
>la chica de la cual me enamorÃ©.Â»

* * *

><p>Y despuÃ©s de esa noche, cada vez que Hipo iba a la cafeterÃ-a dejaba un papel escrito con una frase para Astrid.<p>

Luego de muchos aÃ±os, estando casados, con un hijo en camino, un segundo libro publicado y uno tercero en proceso, Hipo encontrÃ³ una caja llena de los papeles y cartas que le mandÃ³ a su ahora amada esposa, una excelente historiadora llamada Astrid Hofferson.

* * *

><p>No sÃ©, no me terminÃ³ de convencer, pero despuÃ©s de muchos borradores Ã©sto fue lo que quedÃ³. Juzguen ustedes.<p>

Si hay alguna palabra o frase que no entiendan, pregunten. Trato de ser lo mÃ¡s neutra posible, pero en ocasiones se me escapa algo.

Edit: SÃ³lo arreglÃ© unos pequeÃ±os errores que me remarcaron, y que por apurada no me di cuenta. Si ven algo mal sÃ³lo avisen :D

End

file.